



ELOGIO DE DON FRANCISCO DE MIRANDA

Por el Dr. CARLOS ARTURO DIAZ

Vida heroica, sublime, atormentada y gloriosa, esta de don Francisco de Miranda y que grande en todo el bello sentido de la palabra esa existencia, que discurrió por mundos, por cortes, por pueblos y por naciones, llevando en sus manos la an-

torcha de la libertad del Nuevo Mundo, que nunca logró apagarse, ni en medio de las mayores desventuras. Muy raro sería el que vuelva a nacer de vientre de mujer, una personalidad tan atrayente, tan poderosamente forjada para las grandes luchas, en que



Dr. CARLOS ARTURO DIAZ

se empeñó y en las cuales, vencedor una veces, vencido otras, su recia energía, fué ariete formidable, que no le abandonó nunca. Si como anota Jorge Ricardo Vejarano, por la palabra aventura debe entenderse "la multiplicidad de episodios, el loco tropel de increíbles situaciones en que se vió envuelto, su contacto con hombres y sucesos universales, aún no ha pasado por este hemisferio otro alguno que pueda compararsele".

En la calle de la Divina Aurora, en la señorial Caracas, nació el 28 de Marzo de 1750, el niño que tanto había de dar que hacer al decadente trono de los Borbones españoles(1). Sus padres don Sebastián Miranda y Revelo, oriundo del Valle de la Orotava en las Canarias y doña Francisca Antonia Rodríguez y Espinosa. En el tipo histórico, admiramos siempre la actitud, la persistencia en una idea, el éxito que corona el esfuerzo, la derrota o el triunfo, la convicción sincera, la constancia en la victoria o en el vencimiento. Don Narciso Yepes, los Padres Lindo y Santaella, le inculcan los primeros conocimientos humanos y ya ayudado de latinos, frecuentes en la rudimentaria educación de la época, ingresa a la Academia de Santa Rosa y más tarde a la Pontificia Universidad; dominaba entonces en

Caracas una casta orgullosa y presuntuosa, a quién se conoció con el nombre de los mantuanos, que no exhibían más títulos, que ser, descendientes de los conquistadores y que miraban muy mal, a los nuevos españoles. El padre, viene a ser la víctima de esos odios, no se le perdona, que después de ser Teniente de Milicias por merced del Rey, se hubiera dedicado al comercio, profesión que se tenía en demérito y mucho menos que fuera hombre de dineros y comodidades. Al ser nombrado Capitán en el nuevo Batallón de Criollos y al retirarse, de servir al Rey, la protesta estalló, tomando como motivo el que se hubiera presentado en funciones de iglesia y en otras, con su uniforme galoneado de Capitán y su histórico bastón. El pleito llegó hasta el Rey quien obligó a aquellos soberbios criollos, a mirar con respeto a don Sebastián Miranda y a rendirle todos los honores y primicias que su antiguo empleo le otorgara.

Al no admitirsele en el Real Cuerpo de Cadetes, por las intrigas de aquellos indianos aristocráticos, el padre resolvió vengarse y le envió a España, a que se educara y consiguiera sus títulos de nobleza. Estaba cerca de los veintiun años, el 25 de enero de 1771, abandona el puerto de la Guaira, bien provisto de dineros y de valioso cargamento de cacao, con la esperanza de retornar luego y humillar a esos presuntuosos caraqueños. Llega a Cádiz que había de ser luego el término de su vida y de aquí emprende viaje a Madrid; se dedica con pasión al estudio de las matemáticas y de los idiomas extranjeros.

Consigue que se le acredite el origen noble de su familia y al efecto don Ramón Zazo y Ortega, Cronista y Rey de Armas de su Majestad, en unión del Escribano don Pedro Villa Canabate, certifican sobre su nobleza, ser descendiente de don Lope de Mi-

randa, señor y Conde de Asturias; los Duques de Miranda estaban emparentados, nada menos que con la familia Caraccioli, de inmensa historia en Europa y especialmente en Italia, a la cual pertenecía Santo Tomás de Aquino. Más de una vez, no se me ha ocultado una sonrisa, al ver este parentesco del Volteriano Precursor, con el Místico Doctor. Todos estos Mirandas famosos tenorios y afortunados en lides de amor. Su tatarabuelo, don Melendo Anselmo de Miranda, arrebató a los moros en Córdoba, cinco doncellas, lo que tal vez explica los futuros éxitos amatorios de nuestro personaje. No poca sorpresa debieron llevarse los mantuanos caraqueños, al enterarse de la prosapia documentada, del que no quisieron recibir como Cadete en el Regimiento de los Criollos(2).

El 7 de diciembre de 1772 inicia su carrera militar, entrando al servicio del Rey de España Carlos III, como Capitán del Regimiento de Infantería de la Princesa, el más noble de todos, mediante el pago de ochenta y cinco mil reales de vellón. Es ya fuerte no solo en filosofía, matemáticas, ingeniería militar, sino en lenguas vivas. Al servicio del Rey pasa a Africa. Los marroquíes y argelinos, declaran la guerra a España y Miranda le sugiere un plan para adueñarse de Melilla, a su Comandante don Juan Shariok, plaza que defendía nada menos que el Emperador Abdulhamid. Termina la guerra y Miranda reclama para sí nada menos, que la orden de Santiago y ser enviado en comisión a Prusia para estudiar los sistemas militares. Se le niega esto, pero en cambio se le nombra Jefe de la escolta, para acompañar a la Reina Madre de Portugal, cuando regresa a Lisboa. Nombrado don Juan Manuel Cajigal, Comandante del Regimiento, trábese entre los dos, una amistad íntima, que influyó en el destino de Miranda y como España

se aliara a Francia, contra Inglaterra, para apoyar la revolución de las Colonias Americanas, Miranda se enroló en la expedición del Mariscal don Victoriano de Navia, con el nombramiento de Capitán del Regimiento de Aragón.

En abril de 1781, en compañía de su amigo Cajigal, Miranda partió de la Habana a pelear contra los ingleses, y después de capturar los puestos que éstos tenían en Batón, Rugem, Natchez y Mobile, logran sus tropas que el General Campbell Comandante de la fuerza de Pensacola se rinda y entra triunfante a la ciudad. Poco después, Cajigal lo envía, ante el Gobernador de Jamaica para concretar un canje de prisioneros; se dedicó a espiar e hizo amistad con un comerciante inglés a quién a cambio de datos que éste le suministró, le permitió trasportar en sus buques, junto con los prisioneros un cargamento de telas inglesas para vender en la Habana. Al año siguiente en 1782 Cajigal emprende la campaña para rendir la guarnición inglesa de las Bahamas y lleva como segundo a Miranda. Vencedores, es éste quien firma con el Coronel inglés Maxwell en New Providence, el 8 de mayo de 1782 la capitulación; Miranda ha ayudado eficazmente a la independencia de Norte América, patrocinado, por una de esas ironías de la suerte, por el mismo Gobierno español, que se habría de dedicar durante cuarenta años a perseguir a su antiguo oficial, como Precursor de la Independencia Americana.

Su nombre había escalado las cumbres de la fama y sus paisanos caraqueños, ya no lo desestiman, sino al contrario, piensan en él, como el futuro caudillo que habría de realizar esa independencia. Para sorpresa suya, recibe una efusiva carta de sus orgullosos mantuanos, firmada por don Juan Vicente Bolívar, don Martín To-

var y el Marqués de Mixares, en la que en tono rendido y suplicante le decían con fecha 24 de febrero de 1782:

"Amado paisano nuestro: Ya no nos queda más que la repulsa de una infame opresión. Vuesa Merced, es el hijo primogénito de la madre patria, que aguarde este servicio importante y nosotros los hermanos menores. Con los brazos abiertos y puestos de rodillas, se lo pedimos por amor de Dios. A la primera señal, estamos dispuestos a seguimos como nuestro Jefe hasta el fin y a derramar la última gota de nuestra sangre, pero no daremos un paso sin vuestro consejo, pues en vuestras prudencia hemos puesto todas nuestras esperanzas. Os autorizamos para hacer pactos o contratos en nuestro nombre y podéis tratar con las potencias extranjeras para redimirnos de este cautiverio".

Algo de todo esto, debieron maliciar los militares españoles y así don Bernardo Gálvez informa a la Corona, que el caraqueño ejercía influencias nocivas entre los soldados, que abrigaba propósitos hostiles a España y se da orden de reducirlo a prisión: lo acusaban de anglófilo, pero escapa a sus perseguidores y se dirige a Norte América.

Profundo observador de los hombres y las costumbres y no obstante que el Gobierno español, lo difamaba en un folleto que hizo circular llamándolo "hombre perdido, intrigante, sin religión ninguna", su llegada a los Estados Unidos constituyó un verdadero triunfo. Washington, Adams, su sucesor, Jeffersson, Franklin, el General Greene y otros muchos, entre ellos el Marqués de Lafayette, quien dió este concepto desfavorable, "carácter mediocre, inteligencia sin actividad, entre galicano & fueron sus amigos y quienes lo convidaron y sentaron a su mesa; el concepto que los fundadores de la Nación se formaron

de nuestro hombre fué altamente elojioso. Adams dijo: Hombre de estudios clásicos, maestro en el arte de la guerra, de imaginación viva, curiosidad insasiable; Franklin: "Ama la libertad con un ardor que honraria al estado más libre del mundo". De Charleston pasa a Filadelfia. Se dedicó a estudiar y visitar todos los lugares en donde se libraron las batallas de la independencia. Delaware, West Point, Nueva York y fué aquí donde buscó la colaboración de Hamilton para su plan revolucionario: libertar la América. Fue aquí también donde creyó que la independencia se haría con la ayuda de Inglaterra, deseosa de cobrarle a España la ayuda que había prestado a los colonos americanos. Pero al lado de los hombres políticos no descuidó sus relaciones femeninas, Elisa Livingston, las Sayre, las Duers, fueron sus íntimas y amorosas amigas, la primera mereció que sus compañeras la apodaran "La Reina del Inca".

Ayudado por Hamilton y el General Knox, idearon un plan para revolucionar la América, levantando cinco mil hombres en Nueva Inglaterra con tal de que se pudiera persuadir a Gran Bretaña de que ayudara con su armada y para realizar esto último, se embarcó el 15 de diciembre de 1784 en el buque Neptuno y en la tarde del 31 de enero llegaba a Londres.

El Embajador español Don Bernardo del Campo, había recibido instrucciones del Conde de Floridablanca para reclamar a Miranda, lo consideraba como de "mucho talento, gran discernimiento y una inteligencia más que ordinaria, pero también un fanático campeón de la libertad". Trabó relaciones con importantes personajes entre ellos Jeremías Benthan y una imprudente noticia publicada en Herald and Review sobre que "aspiraba a la gloria de ser el libertador de su país"

indujo a Del Campo a engañarlo para que regresara a España y aprisionarlo, ya que ello no era posible en Inglaterra. Sintiendo espiado, se asoció con el Coronel William Smith yerno del Presidente Americano Adams y juntos emprendieron un viaje por Europa que principió el 10 de Agosto de 1785.

Los viajeros se dirigieron a Rotterdam, La Haya y llegaron a Prusia. El Gran Federico lo llevó a presenciar una parada militar. Mientras tanto España no lo abandonaba y el Conde de Aranda, su Embajador en Francia, creyó poderlo coger en Francia, cosa que no logró, pues Miranda no pasó por aquel país, temeroso de caer en poder de sus enemigos. El Gran Federico lo invitó a comer al Palacio Real, lo llevó luego a la Academia Militar Prusiana y a presenciar unas nuevas maniobras militares, en las que la defensa estaba a cargo del Príncipe Federico de Brunswick, con quién había de enfrentarse años después. Desconfiando de Lafayette, a quién encontró allí, mantuvo una discreta reserva sobre sus planes, pues temía que éste lo traicionara.

De Prusia se dirigió a Sajonia, luego a Viena, trabó relaciones con el músico Haydn, y con el Príncipe Esterhasy, el hombre más poderoso después del Emperador, quien lo hospeda en su Palacio y le ofrece sus carrozas para viajar. Se interesa por el arte en todas sus manifestaciones y se vuelve un erudito en música, pintura y en bellas artes. Queriendo emular en generosidad con el príncipe, el Cardenal Bastiani le ofrece sus carrozas y en ellas regiamente atendido y escoltado llega a Venecia. La Condesa de Luca, lo lleva a su casa le ofrece sus encantos y como alguna bella mujer atraída por su persona va a verlo, el criado temiendo disgustar a la Condesa lo niega y él al saberlo

le propina una paliza mayor. Pasa luego a Roma y allí según cuenta desliza unas monedas en los bolsillos de un Inquisidor para que no le escarbe sus libros. Adopta entonces el nombre de Martín de Mariland y es el huésped mimado y consentido de Ana Manzoli; en la Entrada Papal y ocupa el mismo apartamento en que viviera Benedicto XIV. Indaga por todas partes, nada se le queda sin ver.

De Italia emprende viaje a Grecia y ya en Patras es el huésped de Mahomed Aga, el hombre de quien dice, cultivaba dos jardines; uno de rosas y otro de bellas mujeres. Recorre los campos de batallas estudiándolos y al llegar a Atenas compra una casa; cambia su nombre por uno griego llamándose Eleuteriatikos. Abandona el país, regala la casa a una bella amiga. Se dirige a Constantinopla, pero antes visita Negrioponto en donde encuentra mujeres con la falda más arriba de la rodilla "que son bastante cariñosas". De manera que esta moda de la minifalda, no es nueva, ya que se usaba hace doscientos años. Hussem Bey le muestra y lo pasea por todas las fortificaciones militares, entra descalzo a Santa Sofia, presencia las paradas militares al lado de Mustafá Effendi y se lía en idilios con Madame Michel y Madame Heidestan hasta que una bella griega Eufrosina Phrosini se lo rapta y lo hospeda en su casa y ya al abandonar la ciudad tiene otro idilio con la Gaudé, belleza del Islam y aún le queda tiempo para cortejar a la Condesa Ludolf.

Emprende la más grande aventura de su vida, va a Rusia, navega por el Mar Negro, llega a Chersona, la Princesa Viasemskoy, lo lleva a sus salones y concluye por brindarle hospedaje, el cual le disputa la Princesa Gica deseosa de participar también en los favores del General. En la tarde del 28 de diciembre de 1786, llega el

Príncipe Gregorio Alejandrovitch Potemkin, Primer Ministro ruso, uno de los favoritos de la Emperatriz Catalina, Potemkin se encanta con el venezolano. Entra en relaciones con la Princesa de Sievers, una de las favoritas y en su compañía y la del Príncipe recorre toda Crimea. El príncipe necesita adelantarse a Kiew a recibir a la Emperatriz y le da un trineo especial y lo hace escoltar por una guardia marcial de cosacos; llega a Kremencuk y allí su favorita es la princesa Raviskow. En Kiew se fabrica un uniforme de Coronel Español y bajo el nombre de Conde de Miranda es presentado a la Emperatriz. Esta, encantada con el viajero, se aparta del protocolo se quita el guante y le da a besar su mano, es un catorce de febrero de 1787 y al recibir ese beso, la Emperatriz lo invita a pasar a la antecámara y cosa rara aquella mujer tan ducha en el trato con los hombres, se turba ante la presencia del venezolano y solamente como si fuera una niña tímida y asustadiza, no se atreve a iniciar la conversación sino preguntándole cuanto calor hace por Venezuela y desde ese momento entra a formar parte del séquito de la poderosa soberana, que pasaba entonces de los cincuenta años, que era mediana de cuerpo y un tanto obesa pero con unos bellos ojos dominadores y de una sugestión irresistible.

Miranda entra a formar parte de la corte imperial. La Emperatriz lo colma de favores y de honores, y cuando el agente de España y el de Francia Conde Segur tratan de reclamarle por esas distinciones, la Emperatriz los desdeña. El Rey Estanislao de Polonia, lo invita a su Corte, lo hospeda en su Palacio y le pide entrar a su servicio; lo devuelve a Catalina en sus propios carruajes y escoltado por su guardia palatina de honor. Como manifestara deseos de conocer a Moscú,

le alistó una comitiva especial, el Príncipe Roumaintzoff, le obsequia su coche de gala y le ofrece su palacio para que se hospede. La Princesa H. Gortschaskow, le invita a su casa lo mismo hace la Condesa Kaminsky y la Princesa de Georgia, los Condes, los grandes duques, se disputan su presencia. Las mujeres y los hombres lo invitan a los baños públicos en donde reina una franca promiscuidad y observa entristecido, como muchas de esas bellezas, ostentaban sobre sus blancas carnes las señales del rejo que les daban sus maridos o sus amantes; los guardias de la Emperatriz le hacen honores de Feld Mariscal.

Emprende viaje a San Petersburgo a encontrarse nuevamente con la Emperatriz, ésta le regala el plano del palacio de Tzarzsko-zelo, que en su imperial albergue, la Condesa de Roumaintzoff, lo hospeda; lo sienta a su mesa la Princesa Trubkoy y la Capitana Ana Petrowna le proporcionan fáciles y bellas amigas. Los condes Ostermann, Puskin, Tern Toernichew, el Príncipe de Orloff, la Mariscal de Galitzia, se pelean sus favores y cuando el Ministro Español Pedro de Macanaz y el Conde de Segur ministro de Francia, vuelven a quejarse a la Emperatriz, por las distinciones que se le hacen y objetan el que se llame Conde Miranda, aquella en respuesta, le da un gran banquete y lo nombra Coronel del Regimiento de Coraceros de Catherineslaw; como Miranda rehusa quedarse, por considerar que debe seguir adelante con su misión libertadora, de la cual ha hablado largo con la Soberana, ésta al salir de una de sus habitaciones le hace a Miranda una gran reverencia, le sirve otra comida en el Palacio de Ermitage; le entrega a su favorita la Condesa Protosow para que le haga compañía. Esa Corte rusa era la más notable que había en Europa, corte

de filósofos, de artistas, de científicos y a élla se acogió para hacer propaganda para su idea libertadora y atraer para su proyecto las miradas del mundo, porque él comprendía que esa idea había que presentarla primero en los grandes escenarios de la política. Por último ya para partir, la Emperatriz magnífica, le regala una bolsa en la cual ha puesto previamente diez mil rublos, quinientos doblones y tres mil libras esterlinas y le da la carta más amplia que hombre alguno haya recibido nunca de una Majestad para que sus agentes lo atiendan. Esa carta decía así:

“Su Majestad Imperial, queriendo dar al Señor de Miranda una prueba señalada de su estima y del interés particular que por él se toma, ordena a V.E., cuando reciba la presente carta de mi parte, tributar a este oficial una acogida conforme al aprecio que Ella misma tiene por su persona, testimoniarle todos los —cuidados y todas las atenciones posibles, acordándole su asistencia y protección cada vez que la necesite y quiera él mismo recurrir a élla y, finalmente, ofrecerle, cuando venga el caso, su propia casa como asilo—.

“La Emperatriz, al recomendar a Uds., Señor, este Coronel, de un modo tan distinguido, ha querido demostrar a qué punto siente cariño por el mérito, dondequiera lo encuentre, y que un título infalible, ante élla, para poder aspirar de preferencia a sus bondades y su alta protección, consiste en poseer tantos (méritos) como el Señor Conde de Miranda”.

Abandonada Rusia, a la cual había llegado no por capricho, sino como negociador que trabajaba para el porvenir y cuando la Emperatriz le garantizó el apoyo para su proyecto, corrió a buscar protectores en otros países. El sabía que tanto Francia como España buscaban en Catalina, apoyo

para el expansionismo inglés y Miranda quiso neutralizar esa presunta ayuda.

Viajero en el “Ana Carlota” abandona a su protectora y llega a la Capital sueca, hospedándose en la Embajada Rusa, quiere pasar de incógnito y se llama Coronel Mirandow; visita todo, museos, bibliotecas, laboratorios, cuarteles y se horroriza cuando se le cuenta, que Cristian Segundo hizo decapitar a todos los nobles de Estocolmo y como dos niños se asomaran por casualidad a ver el espectáculo el Rey ordenó matarlos. Eran los Rubbin; el menor al ver a su hermano decapitado, rogó que cuando lo mataran a él, no le mancharan de sangre la camisa porque lo regañaba su mamá. El verdugo conmovido lo perdonó, pero el Rey enfurecido cogió el hacha y con ella descapitó al verdugo y al niño. Baja a las minas, se conduce del trato infame dado a los trabajadores y redacta un reglamento para suavizar aquella vida miserable que el Rey acogió favorablemente; visita y observa exclusas y canales; el Rey, ordena que se le lleve a Palacio y se le muestre cuanto desee. Pero no se olvida de nada, saborea las delicias de Catalina Cristina Stranddel, flirtea con la Duquesa de Sudermandia.

Parte hacia Noruega, llega a Cristianía, pasa a Gotemburgo y allí conoce a la bella Catalina Hall. Es esta la guía del viajero y a su trato se enciende en su corazón una pasión fogosa y ardiente por el venezolano, le entrega su propio coche y luego comienza a construir una casa de campo para pasar sus amores.

Se cuenta que en uno de aquellos apasionados ratos de ocio y de amor, como Catalina Hall, se encontrara bordando una bandera para uno de los Regimientos que comandaba su hermano al oír a Miranda hablar de sus proyectos emancipadores le preguntó

qué bandera iba a dar a sus soldados y el venezolano en un exceso de galantería, mirando su bello rostro, sus rubios cabellos, el carmín encendido de sus labios y el azul inconfundible de sus ojos, le replicó: "**La bandera eres tu**". Leyenda o historia lo mismo da. Muchas veces la leyenda embellece la historia y en otras ésta no podría vivir sin élla. En todo caso en el archivo de Miranda apareció luego celosamente conservado, un precioso relicario con rizados cabellos, una silueta de mujer y unas frases de amor escritas por manos femeninas emocionadas. No era entonces la bandera como lo es hoy, símbolo de la nacionalidad y del Estado, se usó primeramente para distinguir los cuerpos de tropa, fué luego la representación simbólica de la más alta nobleza y cuando la monarquía se impuso sobre el feudalismo, los reyes y emperadores crearon su propio estandarte, la generalización del concepto de que la bandera es el símbolo de la Nación y del Estado, fué una herencia que nos legó la revolución francesa.

Conoce al sabio Barón Claudio Alstrimer quien le muestra no sólo su colección botánica, sino las cartas que recibe del sabio José Celestino Mutis fechadas en Santa Fé. Las Gacetas hablan sin cesar de sus hechos y el Ministro español no se cansa de reclamarlo para enviarlo preso a España. Llega a Dinamarca, iniciando un idilio con la Condesa de Constradt; el cuerpo diplomático le rinde grandes atenciones. Conoce a la familia real, el rey es un degenerado que se la pasa haciendo muecas; los príncipes son deformes y a una de las princesas le falta una costilla, un seno y algo más; visita las prisiones, encuentra a una pobre mujer condenada a muerte por infanticida, Miranda estudia el caso y lo somete a la consideración del Premier Chack-Ratelow, le con-

vence de que dicha mujer obró sin conocimiento, sin conciencia y sin voluntad, adelantándose casi en un siglo, a las escuelas antropológica y positivista; redacta un reglamento para los niños delincuentes y otro de mejoras de las prisiones, que el Ministro acoge y adopta entusiasmado; las Condesas Krudener y Scheimmekmann, son preferidas; nada se le escapa, hace estudios hasta sobre el trigo para aclimatarlo en Venezuela.

Abandona aquella tierra de delicias y se dirige a Alemania, estudia el Canal de Sleswig y adopta inmediatamente un plan para proponer la apertura de Panamá. En Hamburgo es huésped de las Condesas de Levelhiem y de Texter, intima con las señoritas Bulow, tres bellas hermanas, llamadas las tres gracias de la ciudad; personajes, costumbres, sucesos, todo lo anota, nada escapa a su observación. Al ver desfilar las tropas, con los colores rojo y amarillo la infantería y azul la artillería, ve hecha realidad la bandera que le había inspirado el rostro de la bella y adorada sueca.

Llega a Holanda, pasa a la actual Bélgica, estudia minuciosamente las fortificaciones de Amberes que mucho le serviría después, porque Miranda fué prodigioso en esto; veía las fortificaciones, las defensas, las grababa en su memoria y por la noche en su cuarto, dibujaba los planos de todas éllas, sin omitir el más pequeño detalle; el Rin, Colonia, Coblenza, Estrasburgo, le ven pasar; se encuentra con la escritora Chariere y juntos deciden viajar a Basilea; audazmente entra en Francia y con el nombre de señor de Meroud llega a Lion, intima con el Abate Reynal, visita los buques de la marina francesa; se dirige hacia Cogheto, que se creía la patria de Colón, en busca de su fe de bautismo y de quien era gran admirador, como que fué el primero que inventó este

nombre glorioso de Colombia, llega a Génova y en la Iglesia de Santo Domingo el Cardenal Marine, le muestra, un pedazo de la cola del jumento en que entró montado Jesús a Jerusalén, pasa por Turín y allí sabe la muerte de su gran perseguidor, Carlos III de España, llega a Marsella, Tarascón, Moonpelier, Tolosa y el 24 de Mayo de 1789 entra por primera vez en París, se relaciona con importantes personalidades y el 18 de Junio siguiente regresa a Londres.

Recorre los principales monumentos, hace viajes a lugares de Provincia acompañado de su amiga la Bella Lady Webster, visita las universidades. Logra hacerse oír del Ministro William Pitt, para que le preste auxilio para revolucionar las colonias españolas y le presente el plan, de una vasta monarquía constitucional y cuando estaba seguro de obtener aquella ayuda, Inglaterra y España celebran un Tratado en octubre de 1790, por el cual se autorizaba a los buques ingleses para pescar en el Pacífico. Miranda se siente derrotado y exclama: "No hubiera creído que la perversidad humana, podía llegar tan lejos, Pitt es un monstruo. He sido vendido por un tratado de comercio con España". El Ministro para contentarlo le envía mil doscientas libras esterlinas, Miranda le reclama sus papeles, pero comprendiendo que nada obtendría allí, se dirige a Francia, en donde el régimen monárquico había sido substituido por el de la Convención.

El 23 de Marzo de 1792 llegó a París. Se relacionó con Brissot de Barbille, con Bailly, con Madame Roland, con Petion, con Vergniaud y todos los jefes girondinos Danton, Valazé, Dumouriez y el Ministro de Guerra General Serrán. La poetisa Helena María Williams lo acoge con verdadero placer. El 22 de agosto de 1792 se le extiende el nombramiento de Maris-

cal de Campo y segundo Jefe del Ejército de Dumouriez, pero antes de aceptar, exige, que habiéndose comprometido a servir a la causa de la libertad, ellos en nombre de la Nación francesa, le ayudarían en su empresa libertadora de América.

El 11 de Septiembre se incorpora al Ejército y el 12 muy temprano ya está en acción. Hasta entonces las tropas francesas no habían tenido sino fracasos en lucha contra los prusianos y los ejércitos de la coalición mandados por el Duque de Brunswick. Al hacer un reconocimiento cerca de Mortone, con un ejército de dos mil hombres, se ve atacado por otro de seis mil y el combate que principió a las once de la mañana, lo termina a las seis de la tarde en Briquenay, derrotando y poniendo en fuga al Conde Kltreuthyes.

Es Miranda quien obtiene la primera victoria, para la República francesa al hacer retroceder a quel veterano de la guerra de los siete años. Dumouriez, ordena al ejército, que avance hacia Carnay, pero de pronto cerca de Vaux la división que comanda el General Chazot, fué atacada por los húsares prusianos, llenos de pánico aquellos diez mil hombres se desmandan ante una caballería enemiga, que solo consta de mil quinientas plazas. París se agita, cree perdida la causa, pero allí está Miranda para salvarla. Al frente de su ejército se lanza sobre las líneas rotas y espada en mano obliga a los fugitivos a detenerse salvando así del desastre al ejército francés; lo reorganiza e impone una severa disciplina. El 19 de Septiembre acampan los imperiales en Valmy y Miranda al lado de Kellerman, obtienen para la revolución un nuevo triunfo, al hacer que los prusianos se retiren. El poeta Paul Adamas le canta en su pome la **Colombiada** y la Con-

vención lo premia ascendiéndolo a Lugarteniente General.

En estos momentos los Convencionistas piensan repartirse la América española. Francia tomaría a Santo Domingo y Méjico; a Inglaterra le darían las islas antillanas y Cuba; Estados Unidos, Puerto Rico, a Prusia la Isla de Trinidad y a Suecia y Dinamarca otras porciones. Para ello Brissot entusiasmado llama a Miranda para confiarle el mando de una expedición a Santo Domingo, con doce mil hombres; pero él, cuya lucha fué separar las colonias de España y hacerlas independientes, se hermana en esto con Nariño, no podía convenir, en que salieran de España, para entrar bajo otro poder y rehusó el puesto de honor y de peligro que se le asignaba.

Regresó al frente y se le da el Mando Supremo del Ejército de Bélgica. Dumouriez estaba sitiado en Anderlech, pero llega Miranda y obtiene no solo un nuevo triunfo, sino la captura inmediata de Bruselas.

El General Le Bourdonnaye, lleva cuarenta días sitiando a Amberes sin resultado ninguno. Se encarga del ejército, lo que le ocasionó una profunda enemistad de parte de este Jefe, pero Miranda que de turista había estudiado y copiado las fortificaciones de la ciudad, llega el 26 de noviembre, se impone para que no se obedezcan más órdenes que las suyas, construye en una noche trincheras, sin que los enemigos se den cuenta; el 28 intima rendición a la ciudad, como no le contestan, emplaza sus baterías, les incendia sus provisiones, destruye varios fuertes y el 29, los sitiados se rinden, el 30 la guarnición austriaca abandona la ciudad, después de haberle otorgado, al estilo de Sucre, una capitulación honrosa y benévola, París recibe con inmensa alegría la noticia del triunfo. En estos momentos Miranda es el Jefe Supre-

mo, pues Dumouriez se ha ausentado y no queriendo permanecer inactivo, obtiene otro triunfo, sobre los austriacos en Arsbark y prende la llamada revolucionaria en todos los pueblos por donde pasa y llega.

Es cuando su persona y su carrera llegan al cenit. Tiene bajo sus órdenes sesenta mil hombres. Se le proclama el General invencible y la Convención casi lo elige Ministro de Guerra, faltandole solo un voto, para llegar a ser en ese momento el Jefe Supremo y el amo de la Francia. Dumouriez ordena el ataque a Maestrich, Miranda se opone, considerando ese plan irrealizable, por la inferioridad de la fuerza de su mando. Dumouriez insiste y Miranda se hace repetir las órdenes por escrito, después de haber objetado nuevamente el plan. Tal como lo previó aquello fue un fracaso.

Dumouriez disgustado con la Convención pretende restaurar la monarquía con el Duque de Chrtrensa, hijo de Felipe Igualdad. Disgustado con Miranda quien no le secunda y quien le manifiesta que si se le ordena arrestarlo, lo haría, resuelve perderlo y contra el plan racional, que Miranda le presenta para combatir a los austriacos, Dumouriez, cree fácil obtener un triunfo a expensas de Miranda. Le confía el ala izquierda para atacar a los austriacos en Neerwindem; se hace dar nuevamente las órdenes por escrito y observa que ese plan es un error terrible. Se pensaba debilitar la posición de Miranda, dejándole solo diez mil hombres para que fuera atacado por veinte mil. El plan consistía en dejar a Miranda que se le derrotara y cuando esto ocurriera, el ala derecha mandada por el Duque de Chartres y el centro por el propio Dumouriez, correría a restablecer el combate para hacer aparecer como vencedor al Duque y como perdedor a Miranda, pero todo falló. Miranda como

buen subordinado, atacó fieramente pero como había previsto, Dumouriez no pudo resistir la acometida enemiga y siempre intrépido, pero siempre General, como dice Michelet, resistió siete cargas enemigas, hasta que después de perder dos mil hombres, no le quedó más recurso que emprender la retirada, mientras que la derecha y el centro no habían logrado nada, ni podían acudir en su auxilio.

Se levanta entonces una serie de intrigas y de envidias contra Miranda patrocinadas por Dumouriez; la Convención por medio de sus comisionados, con Danton, Delacroix y Douai, le ordena comparecer ante ella, pero Danton enviado al Ejército no se atreve a arrestarlo y deja la orden en poder de Dumouriez. Habría podido fácilmente eludirla y partir al exterior, pero este no era su carácter, llega a París el 23 de Marzo y solamente hasta el 8 de abril, el Comité Militar después de oírlo, resuelve que no hay motivo para acusarlo ante la Convención, Robespierre que quiere perder a Danton, necesita primero perder a Miranda, lo envía ante el Comité de Seguridad cuyo acusador era el terrible Fouquier Tinville, Montané ha sido escogido por Robespierre, para que lo presida y Miranda designa como su defensor a un joven que habría de adquirir con esto, inmensa celebridad, Chaveau Legarde, Fouquier lo acusa de negligencia y ordena que se le encierre en la Consejería. Lo tachan de traidor, con testigos conseguidos para perderlo. Más de treinta declaraciones oye el Tribunal. Cuando Miranda habla el auditorio se emociona, muchos lloran y en medio de la expectativa el Tribunal lo absuelve. La multitud delirante aplaude y Miranda emocionado le dice:

“Ciudadanos: La prevención hace cometer grandes injusticias. Pueda este ejemplo de mi acusación cubrir de

vergüenza y confusión a los que me han calumniado, sin oírme. Pueda abrir los ojos al pueblo soberano. Pueda este acto brillante de la justicia, devolverme la estimación de mis conciudadanos, cuya pérdida hubiera sido para mí más sensible que la muerte misma”. La multitud lo pasea en triunfo por las calles, lo colocan sobre los hombros y a falta de laurel para coronarlo, el pueblo arranca las hojas de los árboles, entre aclamaciones tumultuosas y delirantes, le corona, como a su héroe máximo.

Aquella absolución desesperó a Robespierre y ella señaló la muerte de los girondinos. Miranda se retira a vivir en lujosa residencia que ha alquilado en Manilmontant. Las más bellas mujeres de la Francia, van a rendirle sus encantos y a testimoniarle su admiración. La poetisa Williama Teresa B. Cabarrus, la Duquesa de Abranchas, la viuda de Petion. Pero esta libertad duró poco, Robespierre quiere enviarle al cadalso pero no se atreve, teme oírlo hablar, no puede formarle nuevo proceso y después de tormentosa sesión la Convención declara que su caso es de policía y el Alcalde Pache le envía a la prisión de la Force. Allí se encuentra con Vergiaud, Andre Chenier, el hijo del General Custine, esposo de la bella Marquesa, que más tarde habría de enlazar su destino al venezolano, el propio Montané; Miranda estaba resuelto a no ir a la guillotina y se hace preparar por el doctor Cabanis el célebre veneno de opio y estramonio. Sus numerosos amigos se interesan por su libertad, mas todo en vano. Llega el nuevo Thermidor y Miranda sigue encarcelado, Quatremere de Quinoy, publica la más hermosa y elocuente defensa de Miranda y al fin éste puede salir de la prisión, después de diez y ocho meses de encierro.

Se establece nuevamente en casa

lujosa y entonces bajo el poder seductor de Luisa Eleonora Melania de Servan, la admirable Delfina Marquesa de Custine se dedica a olvidar en sus brazos las horas amargas de la prisión y aquella mujer **allumeusse**, como dicen los franceses, es solicitada al mismo tiempo por Chateaubriand, Fouché, Alejandro de Beauharnais, el Conde Luis de Segur. No se olvida empero de las cuestiones políticas y publica un proyecto de Constitución para la Francia.

Una noche en casa de Madame Peron, y en una comida, Napoleón le dice a la dueña de casa: "He conocido ayer a un hombre que es verdaderamente singular. He visto hombres de la más grande importancia, siendo uno de los que más deseo ver de nuevo. Un don Quijote, que tiene sobre el otro la diferencia de que no es loco". Se trama una conspiración entre monárquicos y los sobrevivientes de los girondinos, se quiere elegir dos triunviros y se acuerdan los nombres de Servan y de Miranda, la Convención se une a los conspiradores pero habiéndose adueñado de ella los realistas y queriendo éstos llevar al trono al Duque de Provenza, Miranda los abandona y ofrece sus servicios a la Convención, Barras escoge como su segundo a Napoleón y se da el golpe del 13 vendimiario, pero convencido de que en los hombres que gobiernan a Francia no puede encontrar apoyo emprende su regreso a Inglaterra.

Cuando conoce a don Pedro Fermín de Vargas, con quien se asocia para su inmortal proyecto, pero como el Gobierno inglés nada en serio le ofrece, quiere convencer a Napoleón entonces primer Cónsul, y regresa a Francia, en asocio de Vargas, pero Fouché encantado con la Marquesa de Custine y celoso de Miranda, lo persigue; en compañía de Vargas salen

de París el 22 de Marzo de 1802 para no volver ya más.

Siguen los años en esa lucha tenaz por conseguir la realización de su propósito, con distintas alternativas, unas veces el proyecto estaba realizado y otras, se esfumaba ante las vacilaciones de Pitt. Se disgusta con Vargas mejor informado, porque éste en el memorandum presentado al Gobierno inglés aconseja la expedición primeramente a Méjico donde asegura poder levantar un ejército de cien mil hombres, en tanto que afirma que la opinión venezolana no es favorable a una invasión.

Parte de Londres en donde había hecho un hogar con una mujer humilde, pero bondadosa Sara Andrews, quien fué la que le dió sus dos hijos Leandro y Francisco. Se embarca para Nueva York resuelto a emprender por su propio riesgo y cuenta la aventura. Conferencia con el Presidente Jefferson y su Secretario Madison. Al fin logra armar una modesta expedición con ayuda del judío Ogden. Se consiguen los buques el "Leandro" el "Embajador" y el "Indostán", se reclutan doscientos hombres y se embarcan, carabinas, mosquetes, sables y cartuchos y sobretodo una imprenta y una proclama ya impresa, sin fecha para lanzarla cuando se desembarque.

El 2 de Febrero de 1806 a bordo del Leandro, sale Miranda rumbo al infinito, acariciando su viaje y romántica idea. Navega por varios días, y al avistar las costas venezolanas, enarbola por primera vez, sobre el tormentoso mar, la bandera. Ese episodio nos lo relata en página sentida y brillante el autor de **Las Lanzas Coloradas**.

"Era un doce de marzo claro día de anunciaciones, y entre el ruido de las armas y las voces de mando, Miranda tremolaba la bandera de Colombia. Era la primera vez que sus colores

se estampaban en la trayectoria del futuro. El barco insignia adelantado junto a la rada, amanecía: un sol de paja rubia sobre los cerros verdes y sobre el mar ruidoso y azul. En el puente se dan voces de mando. Formaba la tropa. Se preparaba el cañón. Americanos, franceses, holandeses, criollos, se mezclaban pálidos, rubios, bronceados. La mañana ardía en las bayonetas, sobre la boca negra de los fusiles, una seca voz de mando, puso en firme toda la fila. Por una escotilla, lento y majestuoso un hombre salió a cubierta, lo llenaba una transparente serenidad. Vestía uniforme de General francés, casaca azul bordada de oro, pantalón blanco ceñido, negras botas de cáñamo, bajo un brazo un sable curvo. Un instante permaneció seco y erguido. En el lóbulo de la oreja le temblaba un fino aro de oro; el viento venía ancho desde lo hondo del Caribe. Saludó y marchó hasta el pie del palo mayor. Allí con un temblor en las manos, tomó aquel trapo de tres colores y lo fué izando suavemente por una cuerda larga. Se oyó de pronto un nuevo grito: FUEGO y todo el aire del mar y de la montaña, sacudido por el tronar de los cañones hacía temblar al tope del palo, los tres colores, vírgenes desnudos, divinamente presentes ante la tierra ancha y muda. Vírgenes y desnudos, como virgen y desnuda vió Miranda en su peregrinación errante, el cuerpo precioso y bello de la adolescente joven sueca, que en su sueño de delirio y de amor fijó en su mente esos colores sublimes. Era el prólogo de la lucha a la lanza y a machete que vendría y esa bandera izada al rayar el día, en medio de una transparencia de oro y de sangre desleída, era la emancipación en los tres colores, que el cuerpo de la adolescente le inspiraba y que años después se derramaría en las ciudades, en las

parameras, los mares y los llanos inflamados.

"Fuera cual fuera la suerte que esperaba a la expedición, desde ese instante, esos colores quedaban brillando frente al pendón de la Monarquía y el trapo, pregón o enseña de una nueva vida, recuerdo presente de un amor, ya desvanecido entre las sombras del pasado, que se desplegaba frente a las costas de tierra firme y el Continente. Era un pabellón desconocido hasta ese momento, pero empapado en el iris tropical e izado en el palo mayor de una goleta en son de reto y desafío a la dominación de trescientos años, sobre la tierra incorporada a fuerza de hierro a la vida universal. Era la primera insignia, algo nuevo y audaz y eso basta para que la creación del agradecimiento llame a Miranda el Precursor".

La expedición no fué feliz, tuvo un encuentro con buques españoles; varios de sus tripulantes fueron apresados y ahorcados luego. Miranda regresó a Jamaica no desalentado y antes bien, más firme, en el resultado de su empresa y después de reorganizar buques y hombres, emprende nueva marcha y el primero de agosto llega frente a la Vela de Coro, se cae sobre las tropas enemigas de la costa y se silencian las baterías. Miranda se adueña de la ciudad, mas la encuentra sola, sus habitantes realistas empedernidos como lo dijo Pedro Fermín Vargas, emprendieron fuga hacia los campos. Miranda fija su proclama, ante un pueblo compuesto de una ciega y un paralítico. Sólitos, desesperados en la ciudad desierta, faltos de recursos para subsistir, se resuelve en Consejo de Generales abandonar la ciudad. Mientras tanto en Caracas se levanta una suscripción de treinta mil pesos para gratificar a quien entregue vivo o muerto al traidor Miranda; el Cabildo de su ciudad, lo proscribe del

número de sus hijos y lo llama autor "de horrendos crímenes".

Quiere permanecer en Aruba y no se le permite; arriba a Barbados y allí bajo la amable protección de Lord Cachrane, permanece, hasta que se ve obligado a vender sus buques, para satisfacer las exigencias de la tripulación. Su sueño ha fracasado y emprende su regreso a Inglaterra.

Allí Pitt ha muerto. Entabla relaciones con los nuevos Ministros Caning, Castlereagh y el Marqués de Wellesley, hermano del futuro Duque de Wellin. Hubo un momento en que su plan después de muchas discusiones sobre el punto de invasión iba a realizarse ya, pero un incidente trivial lo desvaneció. Infatigable en su tarea dedica el tiempo a convencer a los gobernantes ingleses de la efectividad de su idea, mientras las horas libres las dedica a su querida Sara Andrew y a un nuevo idilio con Lady Stanhope, la sobrina de Pitt.

Mientras tanto su obra de agitador ha empezado a dar sus frutos. El 19 de Abril un movimiento en Caracas depone al Capitán General Emparan, constituye gracias a la actividad del Canónigo José Cortés de Madaraiga una junta para velar por los intereses de la Colonia y de Fernando VII. Esa Junta nombra una comisión compuesta de Simón Bolívar, Luis López Méndez y Andrés Bello, para que vaya a Londres a obtener el apoyo del Gobierno inglés. Pero aquella Junta de mantuanos, que creían que el mundo giraba todo a su alrededor da como instrucciones a los comisionados una especie de cartilla o catecismo en el cual se incluían las posibles preguntas, que ellos suponían que los gobernantes ingleses les harían y las respuestas que les debían dar, y les encargaban, que de ninguna manera tuvieran relaciones con Miranda de quién decía la Junta "Miranda General que

fué de la Francia, maquinó contra la monarquía y nosotros ofrecimos treinta mil pesos por su cabeza. Consecuentes de nuestras conductas, ustedes sabrán tratarlo como corresponde a estos principios". Se concierta una cita con Lord a Wallesley para el 17 de julio de 1810. Bolívar entrega todo al Ministro, notas, cartas y las consabidas instrucciones y cartilla e inicia conversación con un torrente de impropiedades contra España. Termina diciendo, que nunca Venezuela, se sometería al yugo español, aún en el caso de que Fernando VII recupere el trono.

El Ministro cortésmente le hace caer en cuenta, que todo lo que ha dicho, está en contradicción con su misión y con las credenciales y propósitos de la Junta de Caracas que dice representar. Así nos lo cuenta uno de los testigos presenciales don Andrés Bello. Ante tal cosa, recriminado Bolívar, manifestó a Bello que él no había leído las instrucciones que le dieron. No le quedó más recurso que desobedecer a la Junta y buscar la ayuda de Miranda.

En el periódico **El Español**, redactado bajo la inspiración de Miranda, se publica que el movimiento de Caracas no tenía otro objeto que librar a la Colonia del dominio de Bonaparte. Ante el fracaso de su misión, el objeto de Bolívar, se concreta a convencer a Miranda, que volviera a Venezuela, porque bien sabía que éste hombre era la revolución y algo más, Miranda era el enemigo mortal de España; si se ponía al frente de la revolución no habría lugar a transacción ninguna, con los realistas venezolanos que lo consideraban pérfido y traidor. Miranda viendo que esta última aventura era ya la realización de sus planes de treinta años, accedió a partir y como para asegurarse que iría, Bolívar, se apoderó de su archivo y en

el bergantín "Saphir" regreso a Caracas el 16 de septiembre. Miranda le siguió, pero mientras tanto la labor de Bolívar debía concretarse a que la Junta recibiera a Miranda y le levantara la orden de arresto. En el buque inglés Avon llegó Miranda a la Guaira.

Jules Mancini nos describe aquel desembarco: en una chalupa, sale del buque y se dirige al puerto. Enhiesto, solo, de pie sobre la proa, con los brazos cruzados sobre el pecho, luciendo un bicornio de plumas de vivos colores, la peluca del girondino, vestido con lujoso uniforme de General francés, levita azul con hojas de oro, pantalón blanco, espolines dorados, una banda de seda con los colores de la Francia, un sable curvo y de una de las orejas el oro simbólico de los girondinos. En el puerto lo recibe con entusiasmo una cabalgata de aristocráticos jóvenes de Carácas, encabezada por Bolívar. La Junta temerosa del hombre, le envía una nota nombrándolo su representante ante el Gobierno de Londres e invitándolo a embarcarse. La situación ha cambiado y la Gaceta de Caracas, órgano de la Junta ya no lo trata de traidor "autor de horrendos crímenes", sino que le decía frases laudatorias.

Pero al ver la situación, Miranda comprende que lo que allí ocurre es una guerra civil, porque muchos de los criollos son ardientes realistas. La Junta de Caracas y el Cabildo de Valencia, resuelven quemar el proceso y los papeles que se le habían seguido por su aventura de Coro. Se presentan las elecciones para el Congreso y no hay puesto para Miranda, pero Bolívar lo hace elegir por un villorrio infeliz llamado Pao. Se constituye un ejecutivo plural, pero no se acuerdan de Miranda. Se refugia en el Congreso y allí se destaca por su elocuencia y sus profundos conocimientos. El 5

de julio de 1811 el Congreso decretó la absoluta independencia de Venezuela. Estalla la contra revolución a favor del Rey. El marqués del Toro nombrado Jefe de las tropas, fracasa al no poder tomar a Valencia.

Pero ahí está el hombre y el mando se le da a Miranda, mando difícil con voluntarios reacios a toda disciplina, montoneras sin plan fijo alguno, los soldados empiezan a desertar; ataca a Valencia, pero esas tropas bisoñas, se disuelven y se derrotan ellas mismas; no se desanimó, fuerte en los sitios lo pone a la ciudad y el 13 de agosto pudo rendirla. En lugar de marchar sobre Coro y Maracaibo, para destruir los focos rebeldes regresó a Caracas. La Junta resuelve crear una Comisión patriótica para juzgar sumariamente a los rebeldes, presidida por el General en Jefe; pero Miranda a quien el gobierno inglés hacía responsable de la vida de los españoles no quiere derramar sangre. Llega 1812 y la opinión a favor del antiguo régimen aumenta y a todo esto se agrega un terrible terremoto el 19 de abril y este acontecimiento que arruinó las principales ciudades es explotado, como un castigo del cielo por abandonar la monarquía; un fanatismo terrible se despierta en las masas. El terremoto había agotado, destruido los recursos y la situación era insostenible; don Domingo Monteverde se adelantaba como un alud a destruir la República y solamente había elementos militares en la plaza de Puerto Cabello, que Miranda entrega para su custodia y defensa a Bolívar.

Establece Miranda su cuartel en Maracay. Resuelve construir unas fortificaciones para defender a Caracas y ante aquella lucha insostenible, con soldados supertisciosos, Monteverde asalta las trincheras el 28 de Junio, pero no vence, decide regresar a Valencia pero un clérigo español, se lo

impide. El 2 de Julio, un emisario de Puerto Cabello, le anuncia la pérdida de la ciudad y de los fuertes. "Venezuela, estableseé au coeur" exclama Miranda, según don Pedro Gual, en relación que publicó en esta ciudad en 1843. La República y el ejército estaban vencidos. Ayer Monteverde no tenía nada, comenta Miranda y hoy lo tiene todo.

¿Que había ocurrido? Bolívar Comandante, se había granjeado la enemistad de los vecinos de Puerto Cabello, por sus disposiciones, por el descuido de sus obligaciones militares y por muchas otras causas más. El 30 de Junio el Capitán Ramón Aymerich, daba una animada fiesta y Bolívar abandonando el Castillo, concurrió a élla. Mientras ésta se verificaba, se dió el golpe y el puerto y sus fortalezas volvían a poder de los españoles. El 12 de Julio Miranda recibe una carta de Bolívar en que le dice:

"Mi general: Después de haber agotado todos mis esfuerzos físicos y morales con qué valor me atreveré a tomar la pluma para escribir a usted, habiéndose perdido en mis manos la plaza de Puerto Cabello?... Mi general, mi espíritu se halla de tal modo abatido que no me siento con ánimo de mandar un solo soldado; mi presunción me hacía creer que mi deseo de acertar y mi ardiente celo por la patria, suplirían en mí los talentos de que carezco para mandar... Así, ruego a usted que me destine a obedecer al más ínfimo oficial, o bien que me dé algunos días para tranquilizarme, recobrar la serenidad que he perdido al perder a Puerto Cabello; a esto se añade el estado físico de mi salud, que después de trece noches de insomnio y de cuidados gravísimos, me hallo en una especie de enajenamiento mortal. Voy a comenzar inmediatamente el parte detallado de las operaciones de las tropas que manda-

ba y de las desgracias que han arruinado la ciudad de Puerto Cabello, para salvar en la opinión pública, la elección de usted y mi honor. Yo hice mi deber, mi general, y si un soldado me hubiese quedado con ése habría combatido al enemigo; si me abandonaron no fué por mi culpa. Nada me quedó que hacer para contenerlos y comprometerlos a que salvarsen la patria; pero, ah, ésta se ha perdido en mis manos. - Simón Bolívar".

Dos días después, el 14 de Julio, vuelve a escribir el coronel Bolívar enviando el parte al generalísimo: "Lleno de una especie de vergüenza me tomo la confianza de dirigir a usted el adjunto parte y más abajo agrega: "Mi cabeza, mi corazón no están para nada... ¿Después de haber perdido la última y mejor plaza del Estado cómo no he de estar alocado, mi general? De gracias no me obligue a verle la cara, yo no soy culpable, pero soy desgraciado y basta".

Todo estaba perdido y los notables de Caracas, creen poder salvarse ofreciendo una capitulación a Monteverde. Miranda obedece y designa al Marqués de Casa de León para realizarla, capitulación que Monteverde violaría después. El 30 de Julio de 1812 llega Miranda a la Guaira, hace embarcar su archivo y sus libros, en el buque "Sapphire", el comandante inglés lo invita a embarcarse, pero resuelve esperar el día, porque no quiere parecer como hombre que se aprovechaba de las sombras de la noche para huir. Una conjura se hace contra él, encabezada por Bolívar, Casas, Miguel Peña, Juan Paz del Castillo, Tomás Montilla, Miguel Carabano, José Mires y otros. Casas se entiende con Monteverde y no deja salir a nadie del puerto. Bolívar dirige la conjuración; a las tres de la mañana, mientras Miranda dormía, Bolívar, lo declara prisionero y Miranda al verlos exclama "Bochin-

che", esta gente no sabe hacer sino "bochinche".

Bolívar el hombre que diez días antes le manifestaba que no lo obligara a verlo, él que se le llenaba la cara de vergüenza por la pérdida de Puerto Cabello, fué el que lo entregó prisionero a los españoles. Más tarde confesó que esa noche quiso matarlo, pero se lo impidieron. Sobre esos hechos la historia no podrá jamás absolver al Padre de la Patria y su conducta será objeto de discusión entre varios historiadores, tal vez el concepto más certero, lo dió su Maestro don Andrés Bello, el filósofo y el pensador reposado y sereno, que conservó siempre firme su admiración por Miranda, calificó esa acción de PERFIDIA, en su alocución a la poesía:

"Miranda! de tu nombre se gloria también Colombia; defensor constante de sus derechos; de las santas leyes, de la severa disciplina amante, Con reverencia ofrezco a tu ceniza este humilde tributo y la sagrada rama a tu efigie venerable ciño, patriota ilustre, que, proscrito, errante no olvidaste el cariño del dulce hogar que vió nacer tu cuna, y ora blanco a las iras de fortuna, ora de sus favores halagado, la libertad americana hiciste tu primer voto y tu primer cuidado.

... ..
Y si de contratiempos asaltado que a humanos medios resistir no es |
te fué el ceder forzoso, y en cadena |
a manos perecer de una perfidia. |
tu espíritu no ha muerto, nó; resuena, |
resuena aún el eco de aquel grito |
con qué a lidiar llamaste: la gran lidie |
de que desarrollaste el estandarte, |
triunfa ya, y en su triunfo tienes par- |
te".

Entregado a Monteverde, se le cargó de cadenas y de grillos, se le mantuvo, por varios meses en los calabozos

de la Guaira, se le trasladó a Caracas, de aquí se le envió a Puerto Cabello y después a Puerto Rico. El Gobierno Español, que durante treinta años, lo había perseguido, al fin lo tenía en sus manos y considerando poco segura, esta última prisión, el 3 de enero de 1814 lo encerró en la Carraca de Cádiz en el Castillo de las Cuatro Torres.

Durante el tiempo de su cautiverio jamás se escapó de sus labios una queja. Memorial tras memorial dirigió a las Cortes y a las autoridades españolas, solo pedía se cumpliera la capitulación acordada y se le restituyera la libertad. Jamás fué atendido, como él mismo lo declaró, esa capitulación por la cual se le aprisionó, en la Guaira "fué aprobada y aplaudida por principales vecinos de Caracas, consultada con los europeos más juiciosos, sensatos y afianzada en razones de tal conveniencia que a primera vista eran demostrables".

Ni una queja contra sus perseguidores, ni contra los subalternos que lo habían aprisionado y que lo reducían a tan estrecha situación. Don Ricardo Becerra cuenta por declaraciones que le hizo su compañero de prisión don Manuel Seuri, que en una tarde paseándose por el patio de la Carraca, en uno de los pocos momentos que le dejaban hacerlo, severo, pero con un dejo de pesadumbre le dijo: "Estas cadenas me pesan menos, que aquella que me pusieron mis propios compañeros en la Guaira"

En Inglaterra la opinión pública se dirige al Gobierno y especialmente al Duque de Wellington, el antiguo compañero de Miranda, para que intercediera por la libertad del venezolano; Luis López Méndez se la pidió a Lord Casteleragh; la prensa se agita, Lord Grenville apela al sentimiento generoso del pueblo inglés. Nicolás Vanssitar y Tomás Molini, piden la inter-

vención de la Cancillería de Saint James, pero Wellington, que con una sola palabra, podía haberlo libertado al pedirselo al Gobierno español, permanece mudo y callado.

No pedían ellos, al igual que Miranda, sino que se obtuviera del español que cumpliera la capitulación de San Mateo pero todo fué en vano. Ante la inutilidad de estos empeños, Miranda piensa en la fuga; solicita de su amigo Turbunll, que le había enviado algunos dineros, cincuenta libras esterlinas, para su proyecto y todavía en sus últimos días hay un nombre de mujer que le admira, le quiere y le ayuda, burlando la vigilancia de los carceleros; este maestro de conspiraciones logra entenderse con sus amigos de fuera y para ello adopta un nuevo seudónimo, José Abisindra. Esa misteriosa mujer, la última en su vida y que apenas nos es conocida como la señora A, trabaja amorosamente por la libertad de este don Juan desventurado. Pero el tiempo no da tregua; el 24 de marzo, sufre un ataque de apoplejía, la fiebre le atormenta y se le traslada a un calabozo junto al Hospital del arsenal. Delirios de sus pasados planes agitan su cerebro y en las horas tristes y últimas de su vida, su recuerdo va hasta Londres para su Sara Andrew y sus hijos naturales Leandro de trece años y Francisco de diez.

Esa naturaleza prodigiosa y activa que se paseara por cuatro continentes, llevando esa antorcha brillante de la libertad, se encuentra concentrada en esa persona desfigurada, por el escorbuto; el hombre que concibiera la idea de la Gran Colombia, el que inspira con su constitución medio monárquica, medio democrática la Bolivariana del Libertador, ve como las sombras de la muerte descienden presurosas sobre él; el 13 de julio ve que el fin va a llegar; un dominico Albersanchez va a pedirle que se ponga en

paz con Dios, y Miranda, tranquilo pero atormentado por su mal, con voz serena le responde "Déjeme morir en paz". Al amanecer del 14 de julio a la una y cinco minutos de la madrugada, el día en que veinticinco años atrás se iniciaba la revolución francesa, a la cual sirvió con tanta inteligencia el caballero de la libertad, el Quijote Sublime, vió llegar su suprema liberación.

El Capitán del Arsenal, comunica como feliz la noticia al Capitán General de Cádiz, don Baltasar Hidalgo Cisneros quién a su turno presuroso, se la cuenta al Gobierno de Madrid.

No se le hicieron exequias ningunas y momentos después de expirar, los carceleros, cogen su cuerpo y lo entierran en el cementerio del Arsenal, mientras sus ropas, sus libros y sus papeles se arrojan al fuego.

Enterrados en ese pedazo de tierra quedaban sesenta y seis años de un bello, dulce y triste peregrinar. Enterrados también su concepción gigantesca de la creación de los Estados Americanos, que Bolívar habría de recoger luego para el Congreso de Panamá y que hoy es una potente y viva realidad. Miranda fué el Precursor integral, el San Juan Bautista de la revolución americana, su concepción de la independencia, no fué solamente colombiana sino íntegramente americana. Con razón dijo de él Michelet: "No hay ejemplo de una vida tan completamente abnegada, sistematizada enteramente en provecho de una idea, sin que jamás se entregara por un solo momento al interés o al egoísmo. Nadie tenía más talento que él; nadie era más instruído que él. En cuanto a valor tuvo en máximo grado la firmeza castellana, la fuerza y profundidad de su fé revolucionaria. Tenía una frialdad heroica y altiva, en armonía con el carácter francés. Su moreno rostro tenía aspecto

altanero, el aspecto trágico de un hombre llamado al martirio, más que a la gloria, había nacido desgraciado.

La Duquesa de Abrantes nos lo recuerda en sus **Memorias** en estos términos: "Miranda era de facciones y figura poco comunes, más bien por su originalidad que por su belleza; tenía el ojo de fuego de los españoles, la piel bronceada y labios finos y espirituales, aún en el silencio. Su rostro se iluminaba en cuanto empezaba a hablar, cosa que hacía con inconcebible rapidez. En las profundidades de su alma, anidaba la llama de un fuego sagrado". Este concepto coincide con el de Napoleón, quien expresó, que: Miranda "es un hombre que tiene fuego sagrado en las venas".

Cuando las dificultades de Venezuela surjían en torno suyo en 1812, todavía en medio de los azares de la guerra y de la sórdida guerra de envidias y de rencores que se le hacía, aún le quedó el tiempo para admirar a la bella madrileña, joven, que se enamoró perdidamente del hombre, a quien apellidó el "Profeta de la Libertad". Sus preciosas manos llenaban todas las mañanas de bellas magnolias -flor predilecta del General-, las habitaciones de su estancia en Caracas. Ante ella confesó sus desilusiones, sus temores ante la suerte que se le reservaba a la República, y le hizo la confidencia que se cumplió, de que sus huesos jamás reposarían en su tierra natal y es esa amante cariñosa quien nos lo refiere; oigamos a Magdalena Campuzano:

"Miranda tenía una fina conversación salida con tono suave de sus aristocráticos labios y que a mi manera de ver contrastaban admirablemente con su porte altivo y marcial, a la vez con la hermosa cabellera plateada por blanquísimas canas. Un día cerca a una de las ventanas de su aposento, me dijo lleno de serenidad

y un cierto ademán de misterio: "¿Qué me dice aquí el vistoso uniforme que visto en mi propia patria? Nada. Nada. Mi triunfo aquí, lo dude; lo he dudado siempre mientras la disciplina y el orden no formen a estos pueblos. Aquí no se puede mandar, esto es imposible", y luego con palabras salpicadas de una honda y profunda tristeza, agregó:

"He caminado por muchos países llevando conmigo mis pensamientos enamorados de la Libertad. Y de ella me han oído hablar con calor Catalina de Rusia, Federico el Grande, José II y Dumouriez, a su sombra me contagié de la gloria en Valmy. Pero en estas tierras del Nuevo Mundo naufrago, mi estrella no es afortunada en el suelo que me vió nacer. Tal vez en no lejano tiempo mis pobres huesos, irán a morar lejos, muy lejos de aquí. La esperanza en mí ya no vuelve y oigo como el rugido de un mar extraño. Mas que importa si aún llevo el fuego de la Libertad? Quién pudiera alcanzar para mi patria lo que otras naciones han alcanzado, pero cuanto cuesta y cuan duro es entender los corazones humanos".

El cementerio en que se le enterró fué trasladado a otro sitio en 1870 sin que durante esos cincuenta y seis años, ningún gobierno americano se hubiera cuidado de rescatar esos huesos para la posteridad, pero amigos agradecidos ordenaron por disposición del Ministro Francés del Interior, en 1836 que su nombre fuera grabado en el arco del Triunfo de París.

Sus hijos, sobre uno de ellos se abalanzó también el infortunio, Francisco el segundo, viene a Colombia a servir a la libertad. Realiza en Bogotá el primer duelo y mata por cuestiones caballerosas y galantes al Cónsul holandés y como a su padre le espera la tragedia: vencido en Cerinza, en 1831, es fusilado por el llanero

Juan Nepomuceno Moreno. Leandro casa en ciudad Bolívar con Teresa Dalla Costa Soubllette, funda en Venezuela el primer Banco. Bolívar le escribe en 1827 diciéndole que "su fisonomía le recuerda la de su ilustre padre" muere en 1886 y de él desciende en Bogotá la respetable familia Suárez Dalla Costa.

Si los juicios de sus contemporáneos, no fueron todos favorables a su persona, la crítica histórica le ha hecho la justicia debida y es porque pasados los años, cuando ya es innecesaria la alabanza que destruye, o la adulación mentirosa, esa crítica vuelve siempre por la verdad y presenta los hechos en su prístina realidad, para apreciar no sólo lo grande, sino la debilidad de las acciones humanas, porque la historia no puede admitir en este punto transacción alguna, según el propio pensamiento mirandino: "No las piedras duras, robustos leños, ni artificiosos muros, forman las ciudades; mas donde quiera que hay hombres que sepan defenderse por sí mismos, allí están las fortificaciones, allí las ínclitas ciudades".

El año de 1896, el Gobierno venezolano, concedió a Miranda un raro, glorioso y merecido homenaje, al inaugurar en el panteón nacional el 5 de Julio, en Caracas un monumento conmemorativo, colocado a la derecha del artístico del Libertador, obra de Tenerani, una urna abierta, con una inscripción: en la que Venezuela llora la pérdida de las cenizas del Gran Miranda y espera recogerlas algún día.

Esas cenizas no aparecerán jamás, pero si éllas se perdieron, las ideas y las enseñanzas de don Francisco de Miranda, vivirán eternamente en los corazones agradecidos de los americanos, a los cuales, iluminó con sus pensamientos y hoy al través de los espacios siderales, me parece verlo, en la masión serena de los grandes es-

píritus, mirándonos y empinándose desde la cima de su inmortalidad, para contemplar la labor de estos sus descendientes, exhortándonos a sostener cada un día con mayor brío, con mayor tesón, esa antorcha de su fiel amante, la Libertad, para no dejarla perecer jamás; en estos instantes, su presencia nos alienta, nos anima y nos conforta.

BIBLIOGRAFIA

- J. M. Antipara. Miranda.
P. Artiga. La Casa de los Miranda. Archivo del General Miranda.
José de Austria. Bosquejo de la Historia Militar de Venezuela en la Guerra de Independencia.
Ricardo Becerra. Ensayo histórico documentado en la vida del General Francisco de Miranda.
J. N. de Barras. Memorias de Barras.
J. P. Birssot, Correspondence et papiers.
Rafael M. Baralt. Resumen de la Historia de Venezuela.
Eduardo Blanco. Venezuela Heroica.
F. Caveau Lagarde. Playdoyer pour le General Miranda.
Vicente Dávila. Prólogo a los Archivos del General Miranda.
José D. Díez. Documentos Históricos de la Vida del General Miranda.
C. F. Dumouriez. Vie et memoires.
El Marqués de Rojas. El General Miranda.
F. Grisanti, Miranda y la Emperatriz Catalina.
Philip Guedalla. Wellington.

F. Jiménez Arraiz, Panegirico de Miranda.

J. B. Loubert. Memoires.

F. Larrazábal, Vida del Libertador Simón Bolívar.

A. de Lamartine, Los girondinos.

Jule Mancini. V. Bolívar y la Emancipación de las Colonias Americanas, Bartolome Mitre. Historia de San Martín y de la emancipación de las colonias sudamericanas.

Jules Michelet. La Convención.

Francisco de Miranda. Miranda a ses constituyens.

Daniel Florencio Oleary. Memorias.

C. Parra Pérez. Miranda et la Revolution Francaise.

C. Parra Pérez. Delphine de Custine. Belle ami de Miranda.

J. Piferer. Nobilario de los Reynos y señorios de España.

A. C. Quatremere de Quincy. Precis pour Miranda.

F. Rivas Vicuña. Las Guerras de Bolívar.

William Spencer Robertson. La Vida de Miranda.

José Nucete Sardi. Aventuras y tragedias de D. Francisco de Miranda.

M. Tejera. Vida del General Francisco de Miranda.

Jorge Rucardo Vejarano. Bolívar.

J. C. Vizcardo y Guzmán. Carta dirigida a los españoles americanos.

